

EL REY DEL LAZO

POR CHARLES JONES



BIBLIOTECA TRÉBOL

N.º 16
Publicación semanal PRECIO: 25 CÉNTS.

BIBLIOTECA TRÉBOL

THE CIRCUS COWBOY 1924

EL REY DEL LAZO

PRODUCCIÓN FOX

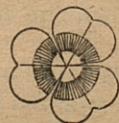
Versión literaria de la
película de igual título,
creación del inimitable
artista

CHARLES JONES

por LUIS del RIO

Exclusiva

HISPANO FOXFILM, S. A. E.
Calle Valencia, 280 : Barcelona



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PARÍS, 204 : BARCELONA

EL REY DEL LAZO

EL REY DEL LAZO

I

Caía lentamente la tarde. Era domingo, y en un pintoresco rincón de cierta población del Oeste americano, una joven pareja, las manos unidas, medio entornados los ojos, palpitantes al unísono sus corazones hinchados de dulce esperanza, aprovechaba los pocos minutos que le quedaban para despedirse, jurándose amor eterno.

Ella era una mujercita de condición humilde, pizpireta y elegante, algo presumidilla. Llamábase Norma Wallace y estaba prometida con aquel muchacho desde hacía dos años.

Famoso por su infalible puntería, Jaime Saxon, que así se llamaba el novio de Norma, había sido contratado, en condiciones bastante ventajosas, por una expedición de caza mayor que durante dos años debía recorrer varias comarcas extranjeras.

— Este será el punto de partida de nuestra felicidad — decía Jaime lleno de fe en su pro-

:: TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA ::
HEREDEROS DE SERRA Y RUSSELL
CALLE ENRIQUE GRANADOS, 112
:: TELÉFONO G-104 : BARCELONA ::

metida y de entusiasmo en sus propios méritos. — Podré ahorrar bastante dinero para comprarte todo lo que necesites, alquilar una casita y vivir contentos y felices... Cuando yo regrese, nuestros dulces ensueños serán una realidad y podremos casarnos en seguida.

— Sí, Jaime... Pero dos años... ¡Es muy largo!

— ¡Y ca, mujer! ¡Tú me escribirás cada día cuatro carillas de aquella letra tan apretadita, yo te contestaré con otras cuatro, y ya verás como ese tiempo se nos pasa volando!

Aquella tierna escena tenía dos testigos, que a no muy respetable distancia estaban observando a la pareja. Eran ellos Ezra Bagley, personaje muy influyente de aquella población, y su irreverente hijo Pablo.

Ezra Bagley, que había enviudado prematuramente, bebía los vientos, como vulgarmente se dice, por Norma Wallace, y ya pueden suponer los lectores lo poco grata que le resultaría la contemplación de aquel episodio.

— ¿No te parece, papá — preguntó Pablo, — que Norma sería para mí una madrastra muy aceptable?

— En efecto; pero como le haga mucho caso a ese mequetrefe que está allí dándole conversación, no me parece muy realizable nuestro proyecto.

Jaime, entretanto, había divisado a los dos personajes, y al darse cuenta de su pre-

sencia, se apartó convenientemente de su prometida. Observólo Ezra y avanzó resueltamente hacia la pareja, llevando en la mano una flor que acababa de coger del jardín que lindaba con la casita ante cuya puerta habían estado conversando Saxon y Norma.

— ¡Buenas tardes, señorita Wallace! — dijo entregando ceremoniosamente la flor a Norma. — ¡Es usted tan bella y encantadora como este crepúsculo! Permítame que le ofrezca este pequeño homenaje a su hermosura, porque ya sabe usted que las flores bonitas y perfumadas las hizo Dios para las beldades como usted!

Saxon, al oír todo aquel discurso, estuvo a punto de emprenderlas a porrazos con aquel vejestorio, pero se contuvo, al pensar de que se trataba de una de las personas más influyentes de aquella comarca. Norma, un tanto coqueta, sonreía...

— Adiós, señorita — dijo de pronto Ezra, que había perdido ya, sin duda, el hilo de su fugaz elocuencia. — Ya sabe usted que tiene en mí un devoto y respetuoso admirador...

Jaime no quiso hacer ninguna observación a Norma sobre lo sucedido, temiendo ofender la delicadeza de sus sentimientos.

— Norma — le dijo — se me acorta el tiempo y me voy a marchar. Pensaré siempre en ti y tú recuerdo será mi único consuelo, la sola cosa que me dará ánimos para la lucha...

Los dos novios volvieron a estrecharse las manos. Un beso de despedida selló la entrevista. Y mientras Saxon se alejaba, volviendo a cada momento la cabeza para decirle adiós, Norma pensaba :

— ¡Pobre muchacho! ¡Quiera Dios que triunfe y pueda hacerme rica y feliz!

La jovencita sentía crecer sobre su espalda las alas de la vanidad y del orgullo y anteponía la riqueza a la dicha...

II

No lejos de la casita en que habitaba Norma vivía Bird Taylor, una chiquilla de unos catorce años de edad, que andaba siempre entre los muchachos y pertenecía a una familia de acróbatas de circo. Desde muy pequeñita se había acostumbrado a despreciar el peligro y el vértigo y andaba siempre haciendo ejercicios, a veces demasiado arriesgados para sus pocos años, por encima de las tapias que circundaban los campos.

Mientras esperaba la hora de cenar se había encaramado sobre una cerca, y allí ensayaba una difícil proeza acrobática. Todo fué bien al principio, pero al llegar a la mitad, perdió el equilibrio y se hubiese estrellado irremisiblemente contra el suelo si Jaime

Saxon, que pasaba por allí delante, de regreso de su entrevista con Norma, no la hubiese visto y hubiese acudido a socorrerla.

Afortunadamente, Saxon llegó a tiempo y recibió el cuerpo de la muchacha sobre sus robustos brazos.

— ¡Jaime! ¿Tú por aquí? — dijo Bird. — ¡Qué a tiempo has llegado! ¿Peso mucho?

— No, pequeña, pero no seas tan atrevida, que tienes pocos años para hacer esas cosas. Anda con cuidado porque, si no, un día te romperás las narices.

Saxon y la pequeña Bird se conocían desde hacía mucho tiempo, y el adiestrado tirador, que había jugado con ella cuando era pequeñita, la quería mucho.

— ¿Te vas definitivamente, Jaime? — preguntó la chiquilla.

— Sí, hija mía. Mañana a primera hora me largo y estaré dos años fuera. A ver si tengo suerte y vuelvo con unos cuantos dólares, que buena falta me hacen.

— ¡Qué lástima que te vayas! — dijo la muchachita. — ¡Te encontraré a faltar mucho! ¡Tan buenos amigos que somos!

Calló un momento, con ese aire de seriedad que adoptan las chiquillas cuando quieren hacer una travesura. Luego, con una gravedad impropia de sus pocos años, añadió :

— Yo te quiero mucho, Jaime... ¿Sabes? Y te estoy muy agradecida desde que me has salvado... Mira, para demostrártelo, ¡toma!

Y de un salto, la pequeña se colgó con sus brazos ebúrneos del cuello de Jaime, estampando un sonoro beso en cada una de sus mejillas. Después, sin dar tiempo para más a su amigo, volvió la espalda y echó a correr, riendo como una locuela.

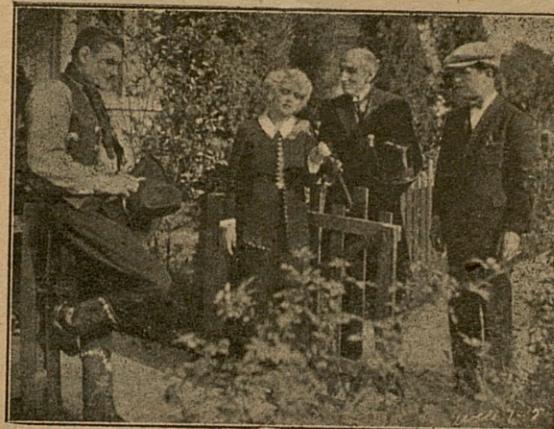
Saxon quedó tan sorprendido por aquella afectuosa e ingenua prueba de aprecio, que permaneció inmóvil durante unos cuantos minutos en medio del camino.

— ¡Pobre Bird! — murmuró. Es una buena muchacha... Y no me engaña, no... Me quiere mucho...

III

Al día siguiente, Jaime Saxon daba principio a su largo viaje... Recorrió Europa de parte a parte, cruzó las desoladas estepas moscovitas, los desiertos de la Arabia, las selvas africanas y de allí pasó a la India, permaneciendo durante un espacio de tiempo bastante considerable en el mercado de elefantes, en donde pronto se granjeó las simpatías de un noble, bueno y desinteresado amigo.

Era éste un simpático y enorme paquidermo, al que habían bautizado con el pomposo nombre de « Rajah ».



Saxon estuvo a punto de dar de porrazos al vejestorio, pero se contuvo al reflexionar que se trataba de una de las personalidades más influyentes de la población

Cada vez que Jaime le veía, le llamaba levantando la diestra, y el inteligente animal acudía siempre a su lado.

— ¡Hola, « Rajah »! — le decía alegremente el tirador. — ¿Cómo te va la vida?

El elefante, dando muestras de gran contento, levantaba la trompa.

— ¿Quieres un bocado? — repetía Saxon dándole un panecillo que el animal engullía como un confite.

Cierta mañana, un domador llamado Slovini, de sentimientos brutales y salvajes, se

enfadó con «Rajah» porque no quiso obedecer con la premura que él quería cierta orden suya, y se dispuso a castigarle. Pero Jaime velaba por su amigo.

— ¿Por qué martiza usted a esta pobre bestia? — le preguntó hecho una furia.

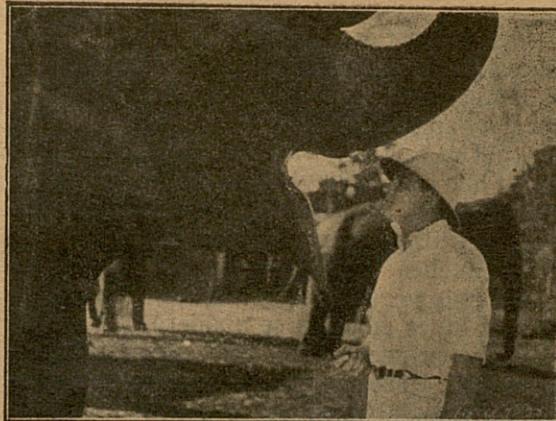
— En primer lugar, porque me da la gana y a mí nadie ha de darme lecciones de estúpido humanitarismo, — replicó Slovini. — Y, en segundo, porque este elefante es mío. Lo acabo de comprar para llevármelo a los Estados Unidos, en donde exploto un circo. Y como aquí hago lo que tengo por conveniente con lo que es mío, voy a castigarle de nuevo para que vea usted que a mí no me arredran las impertinencias de un mequetrefe.

Aun no había terminado de hablar Slovini, que Jaime, cuya fuerza era hercúlea, le había asido por el cuello; y si el domador no opta por dejarse caer al suelo, declarándose vencido, Saxon le ahoga bajo la presión de sus robustos y nervudos músculos.

Slovini, bajo sus apariencias de matón, era cobarde como una liebre.

— Bueno, hombre... — dijo con tono conciliador, aunque, en el fondo, la rabia le devoraba. — No valía la pena de ponerse así, por una cosa tan insignificante como un paquidermo.

A Saxon le hizo maldita la gracia aquel conato de chiste.



¡Hola, "Rajah"! ¿Cómo te va la vida? — interrogaba jovialmente Jaime al inteligente paquidermo

— Voy a darle a usted un consejo, Slovini — le dijo. — Si quiere usted salir vivo de esta tierra, procure no maltratar a los elefantes, por insignificantes que le parezcan. Aquí, el elefante está considerado como un ser sagrado y su vida merece a los naturales más respeto que la de un hombre. Si un indú llega a ver lo que hacía usted al pobre «Rajah», le hubiese escarmentado duramente, no lo dude usted un momento...

Slovini se despidió de Jaime, después de darle toda suerte de explicaciones, aunque jurando para sus adentros vengarse de él en cuanto se le presentara la ocasión.

Pasaron varios días, al cabo de los cuales Slovini, fingiendo profesar a Saxon una amistad sincera, corrió a su encuentro riendo socarronamente.

— ¡Dos cartas! — le dijo. ¡Dos cartas para usted han llegado hoy! Yo las he recogido para entregárselas en seguida. Y ambas revelan una distinta procedencia femenina!

— Muchas gracias, — repuso el tirador recogiendo los pliegos.

Una dulce emoción se apoderó de su espíritu. La primera, cuya dirección estaba escrita con trazos regulares y elegantes, provenía, indudablemente, de Norma. La otra llevaba su nombre y señas estampadas con una letra de grandes palotes, temblorosa, sin estilo...

Rasgó el sobre de la primera. No se había equivocado. Era de Norma! Pero su intensa alegría del principio trocóse en melancólico desengaño así que hubo leído los pocos ronglones de que constaba el escrito. No, no eran las cuatro carillas de frases afectuosas, tiernas, apasionadas, que él esperaba, sino una misiva lacónica, a través de la cual adivinó una inconstancia que, por otra parte, temía desde hacía ya bastante tiempo.

Decía así la carta de Norma :

« Querido Jaime : Supongo sigues en buena salud y tus asuntos marchan bien.

Aquí hemos tenido muchas fiestas, pero como yo gano muy poco y no puedo pagar a

una modista, he de aprovechar los pocos ratos de descanso que mi labor me deja libres para hacerme yo misma un traje de baile. ¡Cuánto ansío poder contar con dinero para no tenerme que consumir de pena viendo cómo las demás muchachas pueden satisfacer todos sus lujosos caprichos!

Adiós. Sin otra cosa interesante que contarte, queda tuya con el amor de siempre. — NORMA. »

La segunda carta era de Bird Taylor. En ella le explicaba, en términos sencillos e ingenuos, pero respirando todos ellos un cariño acendrado, cómo tras de muchas vicisitudes había logrado debutar con lisonjero éxito, en un circo de Nueva York. A la carta acompañaba un retrato, en traje de acróbata, sobre el que había trazado la siguiente dedicatoria :

« A mi buen amigo Jaime Saxon, en recuerdo de cierta tarde en que yo estaba ejercitándome sobre una tapia, para llegar a ser equilibrista. — BIRD. »

Jaime sintióse consolado de su desilusión primera. Contempló con alegría inmensa el retrato de Bird. Ya no era la chiquilla de antaño, sino una delicada y hermosa mujercita, de esbeltas formas, bello y simpático rostro y encantadora sonrisa. Sin saber por qué, se llevó al pecho la fotografía y, con una dulce emoción, cerró los ojos para evocar la tarde en que la chiquilla a quien había

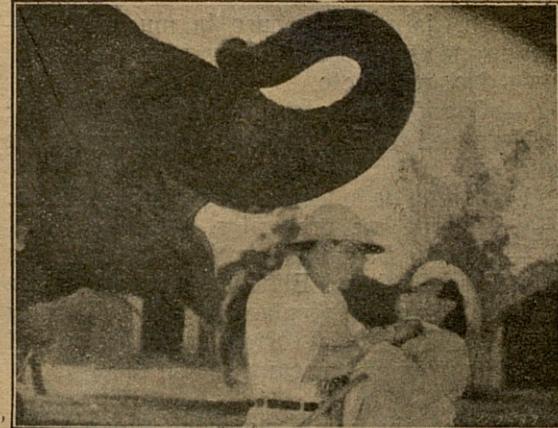
salvado de un grave accidente había premiado su generosa acción con un beso...

IV

Para Saxon había llegado el momento de ver cumplidos sus anhelos de emancipación. Cumplido el contrato con los cazadores expedicionarios, había cobrado de ellos una cantidad que, si bien era modesta, bastaba para poder llevar a cabo los proyectos que dos años antes acariciara al lado de Norma. Embarcóse en el Havre en un vapor que iba directo a Nueva York y, ya de regreso en su patria, no pensó más que en una cosa: correr en pos de su amada, en quien, a pesar de no haber recibido ninguna carta suya desde hacía bastante tiempo, seguía confiando...

Y así, cierta tarde, en la que flotaba en el ambiente una atmósfera enervante de estío, Saxon volvió a poner los pies en su pueblo natal, absorta su mente en la idea de encontrar a Norma y asegurarse a su lado la definitiva felicidad.

Caminaba por la misma carretera en donde, dos años antes, por una tarde muy parecida a aquella, tuviese ocasión de salvar a la traviesa e inquieta Bird de un grave accidente. ¿Qué habría sido de la pequeña Taylor? Se-



Aun no había terminado de hablar Slovini, que Saxon se arrojó sobre él asiéndole por el cuello

guramente se encontraba muy lejos, tal vez en alguno de esos circos ambulantes que con tanta frecuencia se ven en el Oeste.

— ¡Cucú!

Dos manecitas delicadas, suaves, tersas, acababan de posarse sobre la frente de Jaime, tapándole los ojos.

— ¡Norma!... — murmuró.

Cayeron aquellas dos manos a lo largo de su cuerpo, y Saxon vió ante él a una hermosa y gentil muchacha, en la que no tardó en reconocer la fisonomía de Bird Taylor.

— ¡Bird! — exclamó. — ¿Tú por aquí?

— Sí, Jaime — repuso la muchacha. — Tú no me esperabas a mí, ¿verdad?

— No, en efecto.

— Cuando te he sorprendido has dicho : « ¡Norma...! » ¿Es que sigues confiando en ella?

Una angustia indecible se apoderó de Saxon.

— ¿Por qué me preguntas esto, Bird?

— Porque Norma se casó hace seis meses con Ezra Bagley... El vejete tuvo la suerte de acertar unas especulaciones petrolíferas, y ahora nada en oro y corre sobre el automóvil más lujoso que ha encontrado en todo Nueva York.

Y, como obedeciendo a mágica evocación, un magnífico « Rolls Royce », a marcha moderada, rozó casi a los dos interlocutores... En él, Norma Wallace, triunfante, soberbia, en vuelta en riquísimas pieles y luciendo en las manos, en el pecho, en las orejas, deslumbrantes joyas del más depurado gusto y extraordinaria riqueza, conversaba animadamente con su marido.

Tan cerca había pasado, que ella reconoció a Jaime sin dificultad, a pesar de que la tarde era bastante obscura... En su semblante, una súbita palidez denotaba la tremenda impresión que acababa de producirle aquel encuentro inesperado. Inclinóse, sin duda, para dar al chófer una orden perentoria, porque el automóvil, acelerando la marcha, huyó a toda velocidad, como si su propie-

taria quisiera con ello escapar a la memoria del pasado y al remordimiento de su conducta.

Bird y Jaime contemplaban el vehículo huir en lontananza.

— ¡Ya lo ves, Jaime! — murmuró la pequeña. — ¡Tanto como tú la querías!

V

Desconcertado por la impresión que le había causado la terrible noticia, Saxon despidióse apresuradamente de Bird Taylor y se dirigió al hotel, donde pensaba permanecer hasta su partida de aquella población, pues acababa de decidir marcharse cuanto antes.

Pocos minutos después de haber entrado en el establecimiento, una mujer, elegante-vestida, penetró en el *hall* y corrió en pos de Jaime, que estaba en aquel momento cumpliendo ante el encargado del hotel las formalidades legales para su admisión como huésped.

Aquella mujer, como ya habrán adivinado nuestros lectores, no era otra que Norma Wallace.

Cuando se encontró frente a frente con su ex prometido, sus piernas le flaquearon, velóse

la voz en su garganta, cubriósele el rostro de una palidez mortal, y, tras muchos esfuerzos, logró pronunciar estas palabras:

— Perdóname, Jaime... He sido perjurado... ¡Pero bien caro he pagado mi pecado!

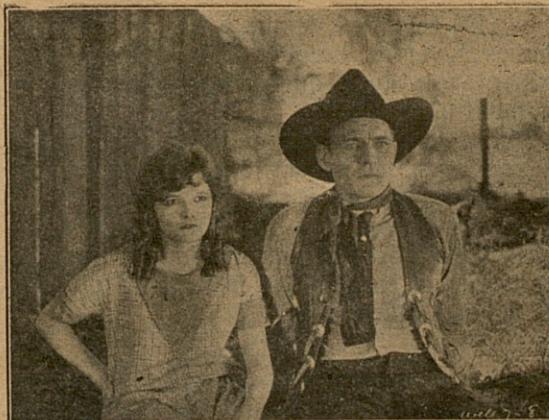
Era tal la emoción que embargaba al pobre Saxon, que no supo qué contestar. Norma, como si quisiera descargarse del peso de su culpa con una confesión que la absolviese de sus pecados, continuó:

— Estuviste tanto tiempo fuera... Pasé tantas privaciones... Y me seducía de una manera tan irresistible el pensamiento de que, casándome con Ezra, podría satisfacer todas mis ambiciones y mis caprichos... ¡Pero hoy, desde que te he vuelto a ver odio el dinero de mi marido. Comprendo ahora que no es posible comprar la felicidad! ¡No, no es posible! Aléjame de todo esto, Jaime... ¡Huyamos! ¡Dime que me llevarás contigo, sea adonde sea!

— No puede ser, Norma... — murmuró Jaime. — Reflexiona... Eres una mujer casada y estás retenida a tu marido por un lazo indestructible. Entre nosotros no puede haber ya nada...

Desesperada, sollozando, la esposa de Ezra se retiró, sin darse cuenta del fatal paso que acababa de dar.

En efecto, Pablo, su hijastro, sospechando al verla salir sola de casa, la había seguido, enterándose de su conversación con Jaime.



Bird y Jaime contemplaron el vehículo desaparecer en lontananza

Jaime, entretanto, había abandonado el hotel, una vez hubo tomado un ligero refrigerio, para correr en pos de su amiguita de la infancia Bird Taylor.

— Me voy a marchar, pequeña — le dijo — porque aquí no hay nada ya que me interese...

— ¿Adónde?

— No lo sé. A cualquier parte.

— ¿Por qué no vienes a trabajar al Circo conmigo? Llevamos siempre cuatro o cinco domadores de potros y tú harías muy buen papel entre ellos.

— ¡No está mal pensado! ¿Crees que me aceptarán?

— ¡En seguida! Venme a buscar mañana, iremos a ver al director de la compañía, te presentaré y todo quedará arreglado en un momento.

Saxon sintió renacer en él la serenidad y la confianza, al pensar que, por lo menos, estaría al lado de Bird, que le ayudaría a pasar sus penas. Y con el ánimo más tranquilo, despidióse de la muchacha y emprendió de nuevo el camino del hotel para poderse así acostar temprano.

VI

Cuando Norma hubo regresado a su casa, Pablo Bagley, que le había tomado la delantera, llamó a su cuarto con los nudillos de la mano. Ezra, según su costumbre, había cenado sólo, marchándose sin decir adónde.

— Soy yo, queridísima mamá política, que deseo hablarle.

Norma no ignoraba el género de conversación que acostumbraba gastar Pablo. Era sobre aquel triple factor que, según Napoleón, se necesita para ganar la guerra : dinero, dinero y dinero.

— Entra — dijo por toda respuesta.

— Ya debe usted imaginarse a qué vengo — dijo cínicamente el muchacho. — Necesito

dinero, y papá, según costumbre, no me lo ha querido dar.

— Yo no puedo darte nada, Pablo — contestó Norma. — No ignoras que tu padre paga todas mis facturas, pero me da lo estrictamente necesario para mis pequeños gastos...

— Hay un procedimiento muy sencillo, y con él obviaremos tal inconveniente, querida mamá política... Déme usted ese collar de perlas... Lo ignoraré en una casa de préstamos, le entregaré la papeleta... cuenta usted luego con un poco de habilidad y cuatro mimos lo ocurrido a mi padre, él rescata la joya, se la devuelve a usted, y asunto concluído.

— ¡Eso nunca! — repuso Norma indignada. — ¡No me presto a esas combinaciones!

Ante la negativa, Pablo se arrojó sobre la mujer. Esta intentó pedir auxilio, pero su hijastro le tapó la boca. A duras penas pudo desasirse de él y correr al balcón solcitando socorro.

Un hombre, montado en su caballo, pasaba junto a la quinta de Ezra. Era Saxon que regresaba al hotel, de vuelta de su visita a Bird Taylor.

Sin gran esfuerzo reconoció la voz de Norma y no pensó en otra cosa que en acudir en su auxilio. De un salto alcanzó la ventana de la habitación de donde partían las voces de socorro que daba la esposa de Ezra. La persiana cerró a impulso del violento empuje

que Jaime dió en ella y veloz como el rayo irrumpió en la habitación, sorprendiendo a Pablo que sostenía a la muchacha cogida por el cuello.

Para el forzudo Saxon, coger a Pablo y arrojarlo por el balcón — que afortunadamente para el hijo de Ezra Bagley era muy bajo — fué cosa de unos segundos. Pablo tuvo la suerte de no hacerse daño, y, temiendo un nuevo descaballo, permaneció acurrucado sobre la hierba donde había caído, en espera de los acontecimientos.

Ezra Bagley, que sospechaba de su mujer y de Jaime y había estado siguiendo los pasos a éste, regresaba en aquel momento. De lejos había oido gritar a su mujer. Llegó ante la ventana de su cuarto y, al pie del mismo, vió el caballo de Saxon, que conocía muy bien. Entonces se apoderó de la pistola que estaba colocada en la montura, y al ver una sombra en la obscuridad, disparó.

Un grito de horror se escapó de sus labios cuando se dió cuenta de la verdad de lo ocurrido.

¡Había herido a su propio hijo!

En aquel momento comprendió la gravedad de su situación. Queriendo a toda costa salvar su responsabilidad, empezó a gritar en demanda de auxilio, y cuando llegaron varios vecinos y recogieron del suelo a Pablo, que tenía una grave herida, Ezra explicó :

— Le ha disparado ese canalla de Jaime



Perdóname, Jaime... — imploró Norma Wallace

Saxon, por haberse interpuesto intentando defender el honor de mi mujer...

Inmediatamente dióse orden a la policía para que se pusiese en movimiento y procurase detener a Saxon que, al ver lo ocurrido y comprendiendo era inútil sacrificar su libertad permaneciendo al lado de Norma, ya que nada podía hacer en su favor, había huido apresuradamente momentos después de que Ezra hiriese a su propio hijo.

Larga y accidentada fué la persecución, mas la astucia y la agilidad de Jaime triunfaron y pudo ponerse en salvo, tras muchas peripecias. Pocos días después, con el nombre

de « El Rey del Lazo », debutaba en el Circo King Hardy, cuya primera atracción estaba constituida por la joven y arriesgada acróbata Bird Taylor, que figuraba en el programa con el seudónimo de Mademoiselle Pirouette.

VII

En el Circo, Saxon, transformado en « El Rey del Lazo », halló la dulce compañía de la inquieta y vivaracha Bird, cuyas travesuras hacían las delicias del público e incluso de los mismos artistas, pero se encontró, en cambio, con un antiguo enemigo, que cuando le vió sonrió ferozmente, pensando que tal vez ahora se aproximaba el momento de su venganza.

Era Slovini, que tenía en el Circo una *troupe* de elefantes amaestrados.

El odio del domador creció al darse cuenta de la amistad que unía a su enemigo con Bird Taylor, de quien Slovini estaba perdidamente enamorado, sin que Mademoiselle Pirouette hubiese querido nunca hacerle el menor caso.

Espió las conversaciones de Bird y Jaime, y no tardó en sorprender el secreto del « Rey del Lazo ».

— Afortunadamente — decía Saxon — no es fácil que Bagley venga a buscarme aquí,



Como Norma intentara pedir auxilio, Pablo le tapó la boca

porque como las pruebas le favorecen, ya que el revólver con que hirió a Pablo era el mío, y, además, tiene una influencia enorme, poco le costaría mandarme a presidio... Aunque no creo que se preocupe de mí, porque sé que su hijo ha sanado de las heridas.

Slovini procuró enterarse de quién era Bagley, y así que lo supo, se apresuró a acudir en su busca, para informarle de que en el Circo King Hardy se encontraba el hombre a quien él buscaba como autor de las heridas sufridas por su hijo.

Ezra agradeció mucho la indicación y se dispuso en seguida a ir en busca de Saxon.

Llamó a un amigo suyo y dió orden al chófer de que preparase el automóvil.

— ¡Ya encontré a tu adorado Jaime! — prorrumpió con feroz alegría Ezra Bagley dirigiéndose a su mujer. — Ahora voy a buscarnos para que lo encierran duramente unos cuantos años. ¡Así escarmentará y no volverá, seguramente, a escalar las ventanas de las casas que no son suyas!...

— ¡Calla, insensato! — replicó Norma. — ¡Me repugna tu presencia desde que, después de haber disparado sobre tu propio hijo, acusas del delito a Jaime!

— ¡Ah! — rugió Bagley. — ¡Si yo supiera que sigues amando a ese hombre!

— ¿Qué? ¿Harías algo contra mí? ¡Tanto me importa! ¡Le amo y le amaré siempre, y si logras hacerle detener, le defenderé diciendo la verdad!

Furioso, Ezra abandonó la estancia en donde sostenía aquella disputa con su mujer y, montando en el coche junto con su amigo, se dirigió al circo.

Aquel día, el infame Slovini había preparado bien su plan, despechado por los continuos desprecios de Bird y por las continuas pruebas de amor que daba al « Rey del Lazo ».

Llegó la hora de la función. Sobre la emocionante maroma, Mademoiselle Pirouette realizaba su difícil ejercicio acrobático. La ansiedad del público ante aquella arriesgada



Las travesuras de Bird hacían las delicias del público y de los mismos artistas...

proeza, era extraordinaria. Cuando la joven estuvo en el centro de la maroma, un grito de horror se escapó de los labios de todos los concurrentes. Vióse distintamente saltar, partida en dos, una de las sogas que retenían la maroma, aflojarse la tensión de ésta y precipitarse la acróbata en el vacío.

Pero con alegría inmensa, todo el mundo pudo ver a un caballista, corriendo sobre su potro, que se precipitaba al lugar de la catástrofe y recogía indemne, sobre sus robustas espaldas, el cuerpo grácil de la muchacha... Un ¡bravo! ensordecedor resonó en la sala y la muchedumbre, entusiasmada, prorrumpió en aplausos, mientras Bird, repuesta del susto, saludaba a todos con una alegre sonrisa, como si aquello no hubiese sido más que un número del programa.

« El Rey del Lazo », abandonando a Mademoiselle Pirouette, se lanzó al Circo, dispuesto a ejecutar sus proezas... Cuando su lazo, hábilmente manejado, describía en el aire las más caprichosas figuras, dos hombres penetraron violentamente en el recinto.

Eran Ezra Bagley y su compañero. Pero Saxon, al descubrirlos, no se amilanó, aunque ellos invadían la pista y se dirigían a él, con tono amenazador.

— ¡Por fin te pesco, pollo! — gritó Ezra amenazándole con los puños.

— Ahora vamos a verlo, — replicó « El Rey del Lazo ». — Veremos quién gana a quién!



Bird Taylor constituía el número de fuerza del Circo...

Y lanzando diestramente el lazo contra Bagley y su compañero, los hizo prisioneros con tal habilidad, que muchos de los concurrentes, creyendo que aquello era una sorpresa del programa, prorrumpieron en sonoras carcajadas y redoblaron sus aplausos.

El compañero de Bagley, al ver aquello mal parado, procuró esquivar el lazo fatal y puso pies en polvorosa.

— ¿Está usted dispuesto a decir la verdad? — dijo, amenazador, « El Rey del Lazo ».

Bagley seguía haciendo esfuerzos para probar de libertarse, como había hecho su compañero. Pero la cuerda no cedía. Saxon

corrió a un extremo del Circo, hizo pasar un extremo de la cuerda por una barra que estaba colocada sobre dos pétigas y suspendió en el aire al marido de Norma, que empezó a patalear, creyendo llegada su última hora.

— Perdón, perdón... — imploró. — ¡Sí, sí! ¡Fui yo quien disparó, pero suéltame porque me voy a ahogar... y hágalo poco a poco, o si no, me romperé la cabeza!

Saxon le dejó estar. Ezra, al verse libre, huyó a todo correr y la calma volvió a renacer en el Circo.

— Respetable público — dijo entonces el valiente Jaime. — El espectáculo ha terminado. Muchas gracias por su asistencia, y hasta mañana.

Una nueva salva de aplausos premió la labor del valeroso muchacho. La muchedumbre evacuó poco a poco el local y en el Circo volvió a reinar el silencio.

VIII

Dentro de las cuadras, entretanto, se desarrollaba un drama que pasaba completamente desapercibido para el público.

Un payaso había descubierto a Slovini y le acusaba de haber sido él quien cortara la cuerda de la maroma. El miserable, al verse perdido, huía, pero al llegar a las cuadras donde estaban los elefantes fué sorprendido por un espectáculo aterrador.

Uno de los paquidermos se acercó a él, y enlazando su cuerpo con la trompa, cuya terrible presión le asfixiaba, le suspendió en el aire.

Jaime, que había corrido tras de él al saber que era el autor del frustrado crimen, reconoció en seguida al inteligente animal que acababa de hacer justicia en la persona del malvado domador.

— ¡Sí, eres tú, «Rajah»! — exclamó. — Mi viejo amigo! ¡Cuántas cosas tenemos que contarnos!

«Rajah», al reconocer la voz que oyera, dos años antes, en un rincón de la India, soltó su presa, arrojándola violentamente contra el suelo. Slovini, muy mal herido, fué a caer de bruces contra una balsa, de la que le extrajeron calado hasta los huesos y con pocas esperanzas de vida.

Bird y Jaime habían quedado solos. Pasado el fantasma del peligro que representara la irrupción de Ezra, sentían renacer en ellos la tranquilidad y el sosiego.

— Bird... — murmuró «El Rey del Lazo» — ¡cuánto te quiero!

Estrechó a la muchacha entre sus brazos y fué a darle un beso. Pero en aquel momento vió que, por las rendijas del Circo, unos cuantos muchachos, que, sin duda, no sentían satisfecha con el espectáculo de aquella noche su sed de emociones, les estaban mirando.

Dudó un momento. Intentó tapar la cara de Bird con su sombrero, pero las miradas indiscretas convergían en todos sentidos.

— Bueno, ¿Y al fin, qué? — exclamó. — ¿Te da vergüenza, pequeña?

Por toda respuesta, Bird recostó su linda cabecita sobre el pecho robusto del « Rey del Lazo ». Jaime, con loco frenesí, cubrió de besos su carita.

— ¡Tomad! — dijo, dirigiéndose a los chiquillos. — ¡Un número que faltaba en el programa y que no volveréis a ver más! ¡El número pasional!



6€

1000

DIRECCIONES DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

Conocedores de la utilidad que ha de tener un libro con las direcciones de los principales artistas de la pantalla y casas productoras, nos hemos decidido a publicar el tomo, que ofrecemos a nuestros lectores

Precio de este interesantísimo libro : **UNA PESETA**

BIBLIOTECA PERLA

No dejen de comprar estos interesantísimos tomos

TOMOS PUBLICADOS

LA LLAMA DEL AMOR, por Pauline Frederick.

JURAMENTO OLVIDADO, por Mary Kid y Michel Varkon.

LO QUE CUESTA EL PLACER, por Virginia Valli y Jaime O. Barrons.

AMBICIÓN CIEGA, por Eleanor Boardman.

¿Y ESTO ES EL MATRIMONIO?, por Eleanor Boardman.

CON LA MEJOR INTENCIÓN, por Constance Talmadge.

UN MENSAJE DE ÚLTIMA HORA, por Gladys Hulette.

SOMBRAZAS DE LA NOCHE, por Madge Bellamy.

EL PREMIO DE BELLEZA, por Viola Dana.

LA LEY SE IMPONE, por Arthur Hall y Mimi Palmieri.

DESOLACIÓN por George O'Brien.

SUBLIME BELLEZA, por Andrey Munzon.

CASADO CON DOS MUJERES, por Alma Rubens.

EL DESTINO DE LOS HIJOS, por Henny Porten.

EL CABALLO DE HIERRO, por George O'Brien.

PRECIO DE CADA TOMO : **60 CÉNTIMOS**